

sol, cuando éste, desde una altura donde se había rehecho con las tropas que le quedaban más adictas á la casa de Saul y que eran las de la tribu de Benjamín, dijo á Joab: ¿Herirá tu espada hasta el exterminio? ¿Ignoras tú que la desesperación es peligrosa? ¿No es tiempo ya de que diga el pueblo que deje de perseguir á sus hermanos?» Joab no deseaba menos, así es que no bien había oído las palabras de Abuer, cuando le dijo: «Vive Dios que si hubieses hablado antes al pueblo, desde la mañana hubiera dejado de perseguir á su hermano.» Tocó en seguida á retirada, y el combate que había durado hasta la tarde cesó al momento. Concluye el capítulo II del libro II de los Reyes diciendo que tomaron á Asael y le sepultaron en Belén en el sepulcro de su padre.

Después Joab asesinó á Abuer en Hebrón para vengar la muerte de Asael.

Del cautiverio de Babilonia sólo regresaron á su patria ciento veintitrés hijos de Belén.

Por S. Gerónimo sabemos que el sepulcro de Arquelao estaba junto á su celda. Créese que Arquelao, hijo de Herodes Alcalonita, fué quien se postró á los pies de Augusto para solicitar el título de Rey y que gobernó la Judea tan tiránicamente que fué desterrado á los Galias.

Sobre las cenizas de las inocentes víctimas de su padre álzase un altar que hoy todos veneran en tanto que nadie se cuida del sepulcro de Arquelao.

Vamos á exponer ahora el resultado de los serios estudios que nos ha sido posible hacer en los intervalos de las ceremonias sagradas sobre la Basílica de la Natividad, las costumbres de los betlemitas, y principalmente sobre el convento franciscano, vida de la ciudad, centro de donde todo parte y adonde todo converge.

Nos hallamos de nuevo en presencia del más antiguo y del más hermoso monumento cristiano de la Palestina, el solo que en sus partes principales ha quedado intacto hasta nuestros días puede llamarse la maravilla de la Palestina. ¡Qué grandeza en el estilo! ¡Qué perfección en sus proporciones! ¡Qué arte en sus menores detalles! ¡Y á pesar de todo, estas maravillas no fueron capaces de detener el ciego furor de los demoledores impíos! Se llama *Basílica de la Natividad*, ó también de *Santa María*; pero las gentes del país persisten en llamarla Basílica de Santa Elena. Se sabe cuán vivaz es la tradición en Oriente. Esta constante denominación viene, pues, en apoyo de la opinión más común que atribuye la fundación de este majestuoso templo á la piadosa Soberana del Occidente y no á otros emperadores de Bizancio como lo han pretendido falsamente algunos autores. La construcción,

debida á Santa Elena, se entiende solamente de la nave principal, porque el techo, el pavimento, las pinturas y mosaicos se hicieron en épocas diferentes y mucho después del reinado de la inmortal celadora de los Lugares Santos. Dos grandes pórticos de la anchura del edificio, hoy en día completamente destruidos, le servían de vestibulo, y cinco magníficas puertas correspondientes á otras tantas naves, daban á ella entrada. Cuarenta y seis columnas de granito oriental de orden corintio, de color rojo con vetas blancas, sostienen las cinco naves del monumento, que tienen la forma de una cruz latina. Sus dos extremidades, Norte y Sur, están determinadas cada una por su ábside. Los cuatro ángulos de la cruz, en el centro del crucero, están ocupados por cuatro pilares rectangulares que llevan empotradas en sus flancos dos medias columnas cada uno, para que hagan correspondencia con las hileras de columnas de la nave y del coro. La iglesia mide 57 metros de largo y 26 de ancho. El número de columnas es, como se ha dicho, de cuarenta y siete; pero hay que añadir los cuatro pilares de crucero y dieciocho medias columnas fijas en dichos pilares y los muros.

El plan general del edificio revela en sus constructores, no solamente un sentimiento muy verdadero de la belleza, sino además una inteligencia grande de las condiciones de la arquitectura religiosa.

El peregrino experimentaba en otro tiempo una agradable sorpresa al entrar en esta Basílica, cuyo nobilísimo orden y disposición estaba realzado por las más ricas fantasías y los más graciosos caprichos del arte decorativo. No parece sino que se propusieron el no dejar sitio alguno vacío y ni una sola parte lisa. El techo estaba todo dorado en relieve, y el pavimento, compuesto de mármoles de diferentes colores, formaban un elegante embutido. Veinte ventanas en la nave central y diecisiete al rededor del coro con vidrios tallados en facetas, arrojando fuegos como los del diamante, estaban adornados con mosaicos, cuyas bellas figuras sobre fondo de oro eran tan brillantes que deslumbraban la vista con sus resplandores. En cuanto á las columnas, su riqueza pictórica sobrepujada con mucho á la de su materia, siendo su menor mérito el ser de granito. Se les hubiera debido de revestir de tapicerías en los días ordinarios para descubrirlas en las grandes solemnidades. Saliendo de la Basílica por la puerta principal, el primer mosaico que se encontraba y que cubría por el interior todo el muro occidental, representaba, dice Quarésimo un árbol inmenso, el *Árbol de Jessé*, cuyas ramas sostenían las figuras de los Profetas, destruidas en parte ya en su tiempo.

Solamente quedaban visibles las de Joel, Amós, Miqueas, Ezequiel,

Jasaías y Balaam. Cada uno tenía en la mano una bandera sobre la que estaba escrito un texto de sus profecías.

De toda esta composición tan notable y hermosa no queda ni el más mínimo vestigio.

Toda la superficie de los muros estaba cubierta de mosaicos representando los principales misterios de nuestra fe y los hechos más sublimes del Evangelio.

El brazo meridional del crucero estaba decorado de esta suerte. En el ábside: La Natividad de Cristo.—La adoración de los Reyes.—La vuelta bajo la conducción del Angel.

En la pared oriental: El coloquio de Jesús con la Samaritana.—La transfiguración.—La entrada del Salvador en Jerusalén el domingo día de Ramos; encima: San Juan Evangelista.

En la pared occidental: El arresto de Cristo en el huerto de las Olivas. Los otros, que representaban las escenas todas de la pasión hasta el Calvario, estaban completamente destruidos. La parte norte del crucero había también sufrido mucho, y sólo quedaban visibles dos composiciones; la incredulidad de Santo Tomás y la Ascensión.

En el coro principal se veía al Norte: La venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés.—El entierro de la Santísima Virgen.

Al Sur: La presentación en el templo.

En el ábside: la Anunciación, y encima figuras de Santos y profetas.

Como se ve, todo este conjunto de mosaicos representaba en una serie de cuadros un resumen completo del Nuevo Testamento.

Sin duda los artistas que adornaron este templo, á la vista de tal cantidad de pedruscos y mármoles animados por el soplo de su genio, debieron en su entusiasmo decir como los Apóstoles: «¡Maestro, ved aquellas piedras!»

Para completar la obra, estaban pintados además en los muros de la nave central entre las ventanas y los capiteles de las columnas, todos los concilios generales que hubo desde su origen hasta el siglo XII. Cada cuadro iba acompañado de una inscripción que indicaba el motivo por que había sido convocado el concilio á que hacía alusión, y el resultado que se había obtenido. De esta suerte, con una mirada sobre aquellas paredes se abarcaba toda la historia de las herejías, así como también su condenación por los Padres reunidos bajo la inspiración del Espíritu Santo. Allá se veían los concilios de Ancira y Antioquía; aquí los de Nicea y Constantinopla; más lejos los de Efeso y Calcedonia, y así los demás. Era la religión cristiana llena de juventud y de vida,

delante del orgullo y flaqueza de la herejía y del cisma. Este magnífico trabajo era obra del monje Efrén, como lo atestigüa la inscripción hallada por M. de Vogüe.

De toda la espléndida decoración del coro y del crucero, sólo quedan en la actualidad tres cuadros: la entrada de Jesús en Jerusalén el día de Ramos, Santo Tomás tocando las llagas de Cristo después de su resurrección, y un fragmento de la Ascensión del Señor. Ante estos preciosos restos, peregrinos y turistas se detienen poseídos de admiración.

La gloriosa Basílica, enriquecida aún y embellecida por los Cruzados, vino á ser después de sus derrotas presa infeliz de todas las calamidades. He aquí lo que á este propósito nos dice el P. Fáber en su curiosísima obra sobre Palestina.

«Después de haber arrojado á los cristianos de Jerusalén, el vencedor se dirigió á Belén, desmanteló la fortaleza y los muros de la ciudad, el hermoso y vasto monasterio de los Franciscanos, y se preparó para despojar y arruinar el templo. Los bellos mármoles que adornaban el pavimento, las murallas, las ricas columnas que sustentaban el edificio, fueron el primer objeto de sus deseos. Pero ¡ho prodigio! Cuando los obreros armados de herramientas llegaron á la puerta que da entrada á la Santa Gruta, he aquí que se aparece una serpiente de desmesurada grandeza, la cual, hincando su aguijón en la primera placa de mármol de que estaba revestido el muro, y pasando sucesivamente su dardo de fuego sobre todas las demás, las hizo estallar por medio, desapareciendo al instante. El terror se apoderó del sultán, testigo de esta maravilla, y como otro Eliodoro, salió bruscamente del templo sin ver logrados sus designios. Dos veces volvió á renovar su criminal tentativa en el espacio de diez años, pero otras tantas tuvo que ceder, bien á pesar suyo, á una fuerza desconocida y superior. En 1241 mandó á sus emisarios que fuesen á apoderarse de las columnas de la Basílica; pero apenas hubieron tocado estos bellos monolitos, cuando extraña visión los echó de terror y espanto y les forzó á huir. Poco más tarde, en otro asalto que dieron, vieron los demolidores caer los instrumentos de destrucción que llevaban convertidos en menudo polvo como de madera carcomida, y volviéndose á su amo le declararon que les era completamente imposible ejecutar sus órdenes. De este modo tan prodigioso quiso el Cielo recompensar la piedad de Elena, interviniendo directamente para preservar este monumento que debía hablar á todos los siglos de su fe y de su ardiente celo por la gloria de Dios!»

Según ya hemos advertido, los cruzados se esmeraron de una manera especial en el adorno y conservación de este suntuosísimo templo,

pero es de advertir que los Franciscanos, sus sucesores en estos Santos Lugares no les fueron en zaga. La conservación de tan augusto santuario fué el objeto de sus más solícitos cuidados; ellos lo defendieron con valerosa intrepidez contra los tiempos y los hombres, y sólo cedieron, por no poder más, vencidos por la fuerza brutal y la más criminal astucia.

Una de las más importantes restauraciones que hicieron, fué la de 1446. El P. Baltasar, entonces custodio de Tierra Santa, hizo construir de nuevo, de cedro de Libano, el techo, que estaba medio desplomado. Desgraciadamente las bigas magníficas que había empleado excitaban la codicia del sultán de Egipto, que ordenó se arrancasen de su lugar y fuesen trasladadas al Cairo para servir de armazón á alguna de las mezquitas. El P. Juan Tomacelli, que sucedió al P. Baltasar, no se desalentó con este contratiempo, y lo reparó de nuevo con madera de abetos trabajadas en Venecia y transportadas á Jafa por las galeras de la República. Una suma importante había sido legada con este objeto por Felipe, duque de Borgoña, cuyo corazón reposaba al pie del Calvario desde el año 1467.

Parecía muy natural que después de una posesión de cinco siglos, de luchas continuas y de trabajos renovados sin cesar para su conservación, quedase este templo para siempre en posesión de sus legítimos propietarios. ¡Y, sin embargo, desde 1757, los Franciscanos no tienen en él ni un sólo altar!...

La conducta de Ragyb-Bajá y del caballero de Vergennes, el primero gran visir y el segundo embajador de Francia en Constantinopla, es la que puede explicar como esta cara herencia de los frailes Menores pasó á manos de los griegos, sus perpetuos y encarnizados adversarios.

Apenas dueños de la Basilica, como lo es el ladrón de lo que roba, los cismáticos destruyeron el hermoso mosaico de los concilios que, trazando la larga marcha de sus errores, atestiguaba al mismo tiempo las victorias del catolicismo. Pero su vandalismo sin igual no se detuvo aquí. En 1842 volvieron á comenzar con más odio y furor que hasta entonces, su obra demoledora. Comenzaron por fundir todos los plomos del techo para reducirlos á la mitad de su espesor; quitaron después la magnífica cruz de hierro que coronaba el edificio, y la sustituyeron por otra según su rito. Después de esto, echaron por tierra las soberbias ventanas de cristales tallados, y las reemplazaron por una obra de albañilería muy grosera, que arruinó, desfiguró y destruyó todo lo que podía indicar que esta iglesia había pertenecido á los latinos.

No dejaron sino algunas figuras sobre las columnas, á causa de

ciertas inscripciones escritas en su propia lengua. Lo que quedaba de los mosaicos desapareció bajo una gruesa capa de cal, grande sudario blanco, como dice M. de Vogüe, que cubre todo el interior del templo. Para añadir más aún á esta serie de actos no menos impíos que insensatos, contra los cuales protestan unánime la religión y el arte, construyeron esta innoble pared, de que ya hemos hablado, que divide la Basilica, la empequeñece y produce la desesperación en los que la visitan.

Para los hijos de San Francisco, Belén sería un paraíso sin la vecindad de los cismáticos, pero á causa del contacto forzado que con ellos tienen, no hay lugar en la Palestina en que tengan tanto que sufrir. Aquí es, sobre todo, en donde los descendientes de Focio ostentan todas sus inícuas habilidades para conseguir sus designios: afrentas, intrigas, injusticias, todos los medios aún los más criminales, los tienen por muy buenos, con tal poder arrancar con ellos algún privilegio y humillar á los latinos, de los que son enemigos irreconciliables. ¡Cuántas veces han abusado de la mansedumbre de nuestros religiosos! Es la historia siempre verdadera de *El lobo y el cordero*.

Las primeras usurpaciones de los griegos datan solamente de 1757. «No es que en los siglos precedentes, dice el conde Marcellus, hayan dejado de existir tentativas de usurpación por parte de ellos, pero hasta esa fecha nuestro derecho de posesión no había sufrido lesión alguna real; y á pesar de los firmanes obtenidos, por estos cristianos disidentes, los santuarios quedaban siempre y sin división en poder de los Franciscanos.»

¡Que diferencia de lo que acontece hoy! Por las cosas más fútiles hay disensiones interminables, escenas violentas, informes á los cónsules, pruebas judiciales de la Puerta y cambios de nota diplomáticas entre los gobiernos francés, ruso y otomano. Citemos algunos ejemplos, y veamos quienes son los culpables.

En 1847, robaron los griegos la estrella de plata clavada sobre el lugar del Nacimiento, cuya inscripción latina tan conocida, atestigua bien á las claras el derecho de los Franciscanos. Toda la diplomacia se puso en movimiento, pero sólo en 1852 después de cinco años de reclamaciones, fué cuando obtuvieron los Franciscanos que la estrella se volviese á su lugar. A pesar de este acto de justicia, procuraron de nuevo los cismáticos quitar la estrella y arrancaron muchas veces los clavos que la fijan al suelo. En la noche del 19 de Mayo de 1868, trabajaron furtivamente los griegos á la Gruta, y pusieron fuego á la tapicería que cubría las paredes y la bóveda. Despertados de sobresalto